

Caso Ética profesional EAY 4615

Caso 1: Roberto Castro, más allá del profesionalismo

Temas:

- Trabajo profesional y profesionalidad
- La interacción profesional con otras personas dotadas de dignidad y derechos
- Aspectos técnicos y éticos inherentes al trabajo profesional
- Dimensión objetiva y subjetiva del trabajo profesional

Desde que era chico, Roberto Castro, siempre se esforzó para sacar adelante las tareas que le ponían. En el colegio, si bien no era el mejor, ni tampoco el peor alumno de su curso, logró obtener calificaciones bastante buenas, que le abrieron un abanico de posibilidades a la hora de elegir una carrera. Sus padres estaban orgullosos, porque iba a ser el primero de la familia en ingresar a la educación superior. Sus hermanos mayores no habían contado con esa posibilidad, pero se alegraban mucho por él. Roberto sentía el apoyo de su familia, y como siempre demostró facilidades en el área Informática y le gustaba la tecnología, pensó que la carrera de Ingeniería Informática sería una buena elección a la hora de estudiar.

No se equivocó, pues a pesar de que era una carrera difícil, Roberto logró sacarla adelante y demostrar que esto era lo suyo. Comenzó así trabajando en el Departamento de Informática de *Málaga Retail (MR)*, una plataforma de *retail* muy importante a nivel nacional e internacional, con presencia a través de grandes tiendas, tanto físicas como en línea.

Y, aunque, todo parecía mostrarle que le iría bien y que tendría un buen primer año laboral, a los pocos días empezó a ver que no todas las cosas eran como él las había imaginado. Las presiones y el estrés eran muy fuertes y, como pudo anticipar mientras estudiaba, era muy fácil que se mezclaran las emociones personales con las exigencias propias de una jornada laboral, sobre todo cuando se trabajaba con clientes importantes y había plazos que se tenían que cumplir, pues de lo contrario el sistema completo podía fallar, perjudicando al equipo. Lo bueno era que se llevaba bien con la mayoría de ellos, pero en *MR* también había personas poco amables y poco profesionales.

En cualquier caso, Roberto siempre pensaba: “Soy un excelente aporte para la empresa y puedo marcar una diferencia si me lo propongo” y eso era sinónimo de su gran responsabilidad, sobre todo en los días de más trabajo. No se dejaría desanimar, incluso considerando los cambios de humor de algunos colegas, que podían ser más quisquillosos y poco cordiales. Con todo, buscaba tratarlos con respeto, sin importar si tenían temperamentos muy opuestos al suyo.

Pero era difícil sobre todo con Camilo Palacios, un supervisor quien le había causado más de un dolor de cabeza. Roberto sabía que en su trabajo iría poco a poco ganando más responsabilidades, por eso le costaba lidiar con el hecho de que él, generalmente, lo tratara casi como si fuera un niño. No solía tener mayores problemas con otros superiores, pero Camilo estaba constantemente menospreciando su labor y haciendo que volviera a revisar una base de datos que ya había revisado varias veces o que levantara información que después, simplemente se archivaba. A Roberto le daba la impresión de que solo lo hacía por molestar, pues sus críticas eran muy poco fundamentadas y las tareas que le encomendaba eran inútiles. Así se sentía

constantemente a prueba.

En cualquier caso, Roberto solía tener paciencia cuando debía tratar con él y siempre se mostraba educado. Estaba, sin embargo, cansado de su trato y colapsado con el ritmo de trabajo.

Llegó un punto en el que no sabía qué hacer con esta situación y, paulatinamente, su actitud comenzó a cambiar.

Esto lo notó Pedro Álvarez, su compañero y amigo dentro de la empresa; Ingeniero Informático, como él y con quien Roberto tenía un poco más de contacto, para confiarle buena parte de sus problemas, pues habían ingresado juntos, aunque Pedro tenía mucha menos paciencia, pues no era tan contemplativo frente a las injusticias y prefería actuar de inmediato, sin pensar mucho.

Por eso cuando escuchó que Roberto estaba estresado y desanimado por culpa de Camilo, durante un pequeño receso en el que ambos coincidieron en un pasillo, le instó a desquitarse. Esa tarde debían hacer mantención a los equipos y Pedro le sugirió hablar con un Programador de los procesos, un conocido suyo con el cual habían compartido unas cervezas un día libre, para que bloqueara el acceso de Camilo, así no podría tener a tiempo su trabajo. Se trataba de una broma de un rato, aseguraba Pedro, pero Roberto no estaba convencido, la sugerencia la encontraba un tanto infantil. Si bien Camilo le caía pésimo, sabía que era un supervisor competente que hacía bien su trabajo, aunque lo tratara mal y menospreciara a buena parte del personal. Si bloqueaban su computador, Camilo se atrasaría ese día, perjudicando al equipo ya muy agotado por la inmensa cantidad de responsabilidades. Roberto no estaba seguro, pero una parte suya deseaba desquitarse de Camilo, quien el día anterior le había gritado y tratado de inconsciente frente a los colegas del Departamento de Informática, porque, según él, no había sido cuidadoso con los protocolos de seguridad de una base de datos que había que revisar, cosa que no era cierta; si había una persona cuidadosa en *MR*, era Roberto. Pedro le decía que le bloquearían el acceso de forma remota y que el programador podía borrar toda huella del acto. Nadie se enteraría y sería por un rato corto, pues seguramente Camilo lo resolvería rápidamente, pero era para que echara chispas de rabia, mientras solucionaba el problema.

¿Valdría la pena? Pues, aunque, Camilo era un buen supervisor, ya que cumplía con el perfil técnico, su desempeño profesional dejaba mucho que desear, tenía poco carácter y perdía el control de su temperamento con mucha frecuencia ¿Y si se daba cuenta que alguien de la empresa le hizo eso? ¿Y si el bloqueo causa un problema mayor? ¿Y si descubren al programador y, finalmente, se sabe que detrás de la falla estaban Pedro y él? ¿Y si no hubiera consecuencias, serviría al menos para exponer su mal comportamiento que también afectaba a otros empleados de *MR*? A fin de cuentas, Roberto siempre hacía bien su trabajo y una que otra broma no parecía comprometer peligro ni daño alguno, solo le daría una lección a Camilo ¿Cuál era la mejor decisión?

Caso 2: Profesionalismo puesto a prueba.**Temas:**

- Experiencia moral y ética.
- Ética natural y ética cristiana.
- Bienes y motivación para el trabajo.
- Entender las virtudes.
- Principios y normas éticas para la acción.
- Una ética completa incluye bienes, normas (principios) y virtudes.
- El primer principio ético.
- Crecimiento personal en el ejercicio profesional.

El tiempo fue pasando y Roberto, poco a poco, logró acostumbrarse a la rutina de una empresa con mucha demanda. *MR* era una plataforma de *retail* muy importante en el sector, con tiendas físicas y virtuales, por lo cual era normal que el ambiente fuera tenso, había mucho que hacer y todo era “para ayer”, ya que el Departamento de Informática era clave para el buen funcionamiento de toda la empresa, además tenían una gran responsabilidad al manejar información clave de clientes, proveedores, *stock* de productos, ofertas, etc. Información privilegiada, por la cual algunos pagarían mucho dinero. Ellos estaban allí para procesar y proteger estos datos. Roberto veía como varios colegas suyos a veces debían trabajar más allá de las horas de su contrato. Si bien él y Pedro tenían una jornada muy agotadora e intensa, contaban con menos responsabilidades que sus colegas mayores. Como “novatos”, según les decían amigablemente algunos jefes, todavía estaban aprendiendo y ya más adelante, con experiencia y seguridad, participarían en labores más delicadas y de mayor responsabilidad.

Ni Roberto ni Pedro se sentían menos por eso. Se conocían bien a sí mismos y el proceso de aprendizaje que debían recorrer los Ingenieros Informáticos, adquiriendo experiencia en el mundo real. Pero Roberto debía reconocer que a ratos la vara le quedaba un poco alta. No porque no tuviera capacidades, sino por la extenuante jornada laboral que lo tenía prácticamente hecho un zombi, sin dejarle mucho tiempo para la vida personal.

Comenzaba ya la temporada de invierno y la ciudad estaba cada vez más fría y húmeda. Concentrarse en el trabajo podía ser una tarea titánica, sobre todo porque estaban a las puertas del primer proyecto en el que participarían más activamente, pues eran parte del equipo que iba a trabajar en la plataforma donde *MR* iba a ofrecer toda clase de productos, con grandes descuentos, en una nueva versión del “Ciber Monday” que se avecinaba.

Roberto estaba entusiasmado, pues si alguien lo había escogido para ese trabajo era por algo, además se imaginó que iba a poder hacer aquello para lo cual se había preparado tanto, pero durante el proceso de preparación solo lo habían enviado a formatear y actualizar algunos computadores o a servir de “comodín” si es que alguien necesitaba ayuda, es decir, nada para lo cual él sentía que había estudiado, pero con docilidad hacía caso a todas las indicaciones.

-Oye, qué paciencia tienes, Roberto -le decía, su amigo Pedro- lo que es yo, si me trataran así me haría el loco. No estudié para estar actualizando equipos o hacer la pega que nadie más quiere hacer.

Roberto no sabía qué responderle a Pedro, puede que tuviera razón, pero estaban recién comenzando y no se llegaba a jefe de un día para otro. Entendía que, haciendo bien esas tareas, aliviaba, aunque fuera un poco, el trabajo de sus otros colegas.

El problema, sin embargo, era el mismo de siempre: Camilo!, pues no solo era un supervisor prepotente y de malas pulgas, sino que un sujeto contradictorio. No cabía duda de su manejo y conocimiento preciso: podía diagnosticar problemas técnicos en un abrir y cerrar de ojos, anticipar riesgos, resolverlos, desarrollar y gestionar proyectos, dejaba contento a los clientes y se llevaba bien con sus propios jefes, pero con sus subalternos era un tirano.

Roberto advertía la astucia de Camilo, pero no entendía cómo lo lograba. En primer lugar, no le gustaba su actitud. Como supervisor, evitaba aquellas tareas más tediosas que siempre delegaba a otros funcionarios de menor jerarquía. Se podía decir que solo hacía las labores que consideraba estrictamente necesarias, generalmente, esas en que pudiera brillar individualmente.

En segundo lugar, porque veía algo muy clasista e interesado en su persona. Camilo era muy frío, por ejemplo, con la gente de la limpieza, pero curiosamente amable con sus jefes directos y con algunos poquísimos colegas. Y eso, al parecer, hacía que le fuera bien. Partió desde abajo en *MR*, pero luego fue ascendiendo hasta tener a su cargo todo un departamento. Roberto había escuchado que Camilo sabía relacionarse con “las personas indicadas” y que eso lo había explotado en su beneficio.

Él, en cambio, estaba recién partiendo y ya se sentía agotado y lleno de dudas. Aunque el corto tiempo que llevaba en la empresa le había enseñado muchas cosas, no sabía si podría desarrollarse profesionalmente ahí. Pensó en Camilo. Él tenía éxito ¿Convenía imitarlo? ¿Sería esa la fórmula?

No tuvo mucho tiempo para seguir pensándolo, porque en ese instante Camilo se acercó a él y le pidió que dejara lo que estaba haciendo y fuera a su oficina. Al entrar el supervisor cerró la puerta y se sentaron.

-Roberto -le dijo- voy a ir directamente al punto y seré sincero contigo. En este trabajo tenemos que cuidarnos las espaldas entre todos, por lo cual, yo debo confiar plenamente en mi equipo. A ti te conozco poco y sé que no he sido muy simpático contigo durante estos meses, pero entenderás que mi labor me tiene muy cansado, tengo mucha gente a la que debo responder y muchísima presión de todas partes.

Se hizo una pausa, pero Roberto se limitaba a escuchar, pues aún no entendía hacia dónde iba la conversación. Camilo continuó:

-Te dije que iba a ser sincero. Como no te conozco mucho y estás recién comenzando aquí, yo jamás te habría elegido para ser parte del equipo que está montando el “Cíber Monday”, pues se maneja información muy delicada, confidencial y tú eres muy nuevo. Pero, en fin, la orden de incorporarte vino de arriba, de los jefes y “donde manda capitán...”. Ellos quieren que seas parte de esto.

- Le agradezco la sinceridad, pues ahora entiendo algunas cosas también -dijo Roberto.

- Sin embargo, no es para eso que te pedí que vinieras. Lo que te tengo que contar es muy importante y confidencial, por lo que te pido el máximo de reserva. Mira, en primer lugar, esta conversación nunca la tuvimos y yo negaré en todas partes que la tuvimos

¿Entiendes?

- Ok.

- Como es obvio -continuó Camilo- la información de las ofertas que se publicarán en la página, nosotros la tendremos unas horas antes. Tengo algunos clientes externos, los cuales pagarán muy bien por esta información y porque los pongamos primeros en la cola ¿Entiendes? Si tú no dices nada o miras para el lado, recibirás una compensación.

-Pero, Camilo -intervino Roberto- no sé si estoy entendiendo. Ud. me está pidiendo que “mire para el lado”, o sea, que si me llego a dar cuenta de algo raro no diga nada. Pero esto no me parece muy ético, además, qué pasa si se enteran en la empresa.

- Serían solo unos minutos antes, por lo cual no hay daño en eso para la empresa -dijo Camilo- por otra parte, ¿por qué se tienen que enterar?, solo el equipo lo sabría. Incluso le podrías avisar a algún familiar tuyo, para que aprovechara. Por eso antes te hablé de la confianza. Por supuesto, si estás de acuerdo y no decir nada de lo que veas, seré tu aliado y tu estatus en el departamento cambiará. Necesito que guardes absoluto silencio. Esta es una prueba de confianza para ti. Sé que aceptarás esta oportunidad que te estoy ofreciendo. ¿Estás de acuerdo?

Roberto se quedó pensando, no sabía cómo actuar. Tenía miedo de Camilo y sabía que era un sujeto respetable dentro de la empresa. ¿Qué podía hacer? ¿Podría decirle que no, sin consecuencias? ¿Valía la pena hacerlo? ¿Se llevarían bien después? ¿Lo compensaría? ¿Era esta una oportunidad que no debería dejar pasar para tener otro estatus en el departamento? ¿Pero tendría que olvidar todo lo que había aprendido de ética profesional, cuando estudiaba? ¿Olvidarse, incluso, de la cláusula de su contrato donde hablaba de “confiabilidad”? Todas estas preguntas daban vueltas en su cabeza.

Caso 3: Valentía para hacer lo correcto.**Temas:**

- Libertad y responsabilidad: adscripción de responsabilidad en la actuación profesional.
- Acciones voluntarias, involuntarias y con voluntariedad indirecta.
- Condicionantes de la responsabilidad: conocimiento y consentimiento.
- Responsabilidad personal en la actividad profesional.
- Responsabilidad por actuaciones directas y por omisiones.
- Responsabilidad por inducir o cooperar con otros.
- Ejemplaridad profesional como ayuda al buen comportamiento.
- Responsabilidad al actuar dentro de una organización.
- Cómo actuar bien cuando hay presiones por actuar mal.
- Imaginación moral para encontrar alternativas aceptables.

A la mañana siguiente al llegar a la oficina, Roberto se sentía distraído y sin saber qué hacer, la propuesta de Camilo no lo había dejado dormir bien. La situación era crítica. Le importaba mantener su trabajo y, si era posible mejorar su estatus en el departamento, pero también sabía que no correspondía ser cómplice del tráfico de información privilegiada, eso estaba sancionado. Se sintió igual a cuando era chico y le pedían que mintiera por la razón que fuera en el liceo, siempre con el fin de conseguir algo de mala manera. En este caso, sin embargo, no se jugaba un reto del profesor o de su mamá. Camilo le causaba miedo y no estaba seguro de qué hacer.

En estos pensamientos estaba cuando su celular comenzó a sonar insistentemente. Lo llamaba Camilo quien, sin siquiera saludarlo, le dijo:

-No estoy en la oficina, llegaré más tarde, pero necesito saber si te integrarás al equipo.

Roberto pasó del nerviosismo al pánico. ¿Lo estaba presionando? ¿Era tan urgente la situación?

-Tranquilo – continuó Camilo- nadie lo sabrá, solo nosotros, además, mis clientes son de toda mi confianza. Su voz estaba llena de una aparente quietud, pero no parecía sincera.

Roberto, mientras sentía la presión en todo su cuerpo, caminó hasta un lugar más privado para hablar. Quería gritar de rabia, pero tampoco le interesaba mostrarse débil al teléfono

-Necesito tu respuesta, no dejes pasar esta oportunidad. Solo te pido tu absoluta reserva frente a lo que veas o escuches. Te insisto, no perjudicaremos a nadie, pues alguien igual se va a beneficiar con las ofertas y es mejor que sea alguien conocido ¿O no? – dijo Camilo.

La voz del supervisor seguía calmada, pero transparentaba cierta tensión que iba creciendo con cada palabra.

-Pero..., quisiera, pero no puede pedirme eso -exclamó Roberto.

- No entiendes que esta es una gran oportunidad para ti -insistió Camilo- ¿Estás recién partiendo, cierto? Yo conozco a mucha gente en este rubro. Han sido colegas míos. Te puedo recomendar. Frente a situaciones como esta, no hay que tener tantos escrúpulos ¿Entiendes? Tú eres nuevo, estas recién comenzando, por eso deberías ser ambicioso y no te deberían

importaban los medios, con tal de alcanzar el fin. Esta es una prueba para ti. De lo contrario, mejor que te busques otro trabajo y cuidado con hablar, pues te dejaré como chaleco de mono en todas las ocasiones que pueda. Este mundo es chico y nadie querrá trabajar contigo, porque puedo decirles que no eres confiable y verás cómo esa etiqueta nunca te la podrás despegar.

De pronto, Roberto tuvo un momento corto de lucidez y dijo:

-Camilo, lo siento, pero tendremos que hablarlo después.

-No me vas a colgar hasta que me des una respuesta -dijo Camilo, casi a gritos.

Roberto sintió el sonido de una notificación. Venía del celular de Camilo.

-Debo atender un problema. Te llamo más tarde, pero tienes que darme una respuesta positiva hoy ¿te quedó claro? -preguntó el supervisor.

-No lo haré -respondió Roberto,

La voz de Camilo se hizo violenta,

-Bueno, haz lo que quieras. Como te digo, tengo amigos en el rubro. Podía haberte ayudado a ascender más rápido. Esta es una oportunidad, Roberto, pensé que podías llegar a ser confiable, pero parece que me equivoqué contigo.

Entonces, Camilo colgó abruptamente la llamada.

¿Era verdad? ¿En serio Camilo tenía ese poder dentro de ese mundo o lo decía para asustarlo? Necesitaba un consejo. Llamó a Pedro.

Luego de prometerle que no le contaría a nadie, lo escuchó, pareció más enrabiado que el mismo Roberto.

-Te había dicho que nos vengamos de Camilo -dijo Pedro-. ¿Qué vas a hacer? ¿Te va a perjudicar si no lo ayudas? ¿O lo vas a ayudar?

-No sé. Me dijo que tenía amigos en el rubro -respondió Roberto.

-Deben ser puras mentiras para asustarte nomás. Debes hacer lo que creas correcto, pero si me preguntas a mí, yo le rayaría el auto a ese... no te diré lo que pienso, pero tú me entiendes.

Pensaba que lo correcto era negarse a hacer lo que Camilo le estaba pidiendo, pero si tenía influencias en la empresa lo más probable es que lo echarían, además si verdaderamente tenía contactos en la industria, quizá su carrera terminaría cuando estaba recién comenzando ¿Qué era lo correcto en esa situación? ¿Convendría ir a Recursos Humanos y plantear allí el problema? Posiblemente ni le hicieran caso. Roberto estaba en un atolladero y no sabía cómo salir de ahí.

Caso 4: Camilo entre la espada y la pared.**Temas:**

- Elementos psicológicos que concurren en una buena actuación.
- La conciencia bien formada en la formulación de juicios morales.
- Valoración moral de la actuación profesional: intención, acción y circunstancias.
- Un fin bueno no justifica unos medios malos.
- Relevancia de la sabiduría práctica para juzgar rectamente.
- Cómo desarrollar la sabiduría práctica.

Cuando Camilo colgó, tragó saliva y se alejó a toda prisa del rincón donde había estado hablando. Su corazón latía con violencia y de pronto sintió como las piernas le flaqueaban. Fue al estacionamiento donde estaba aparcado su nuevo auto, reluciente y moderno: un auto del año que había comprado para renovar el anterior, pues sentía que era este el que le correspondía a su estatus. Se apoyó en el capó, buscando paz, seguridad y encendió un cigarrillo. No había nadie más que él. Estaba solo. Siempre lo había estado.

La notificación había sido un mensaje de su ejecutivo del banco que necesitaba hablar urgente con él. Se había atrasado en varias cuotas del crédito para pagar el auto y desde el otro lado del teléfono, le habían informado, con voz gentil y firme, que le estaban dando un ultimátum, pues no era la primera vez. Si no terminaba de saldar su deuda, le quitarían el auto e iría a remate. Camilo no tenía un peso en ese momento y ahora, además, se sentía un poco inquieto con el asunto que le había propuesto a Roberto, de “informarles” a sus clientes primero de las ofertas del “Cíber Monday”. Estaba absolutamente seguro de que, si se enteraban en la empresa, con lo rigurosos que se habían puesto, iba a tener que responder y quizá con su puesto. Pero, por otra parte, necesitaba el dinero y siempre la información de las ofertas, que él sabía con anticipación, habían resultado una buena fuente de ingresos extra, ahora no podía ser distinto y menos por los escrúpulos infantiles de alguien que estaba recién comenzando. ¿Se había equivocado con Roberto? Dio una aspirada y soltó una bocanada de humo. Al despejarse la nube gris, vio que se acercaba Nicolás, un practicante de Ingeniería Informática que trabajaba con Roberto y Pedro.

Camilo quiso ignorarlo, aunque parecía que Nicolás no estaba interesado en él. Iba a su propio auto que estaba frente al suyo. Lo vio, era un Nissan claramente viejo, con un par de abollones y la pintura saltada. De repente, Nicolás reparó en él y le dijo:

- ¡Qué lindo auto! Jefe.

Camilo no atinó a contestar, seguía en su mundo de preocupaciones.

- ¿Cómo le ha ido? -insistió Nicolás, con una sonrisa genuina.

-Bien -atinó a decir Camilo y luego de una pausa agregó- ¿Y tú?... ¿Qué haces acá?

-Se me quedó el cargador del teléfono. Estaba hablando con Roberto y se me cortó la llamada. Estaba medio preocupado.

Camilo prestó atención. Nicolás era joven. Demasiado joven. Lo había visto trabajar con Roberto y Pedro desde hacía un tiempo. Era un chico muy despierto y con buena disposición. Atendía rápidamente a los requerimientos de sus superiores y parecía estar

siempre atento a aprender cosas nuevas.

- ¿Qué le pasó? -preguntó Camilo.

A Nicolás se le ensombreció la cara.

-No lo sé, pero estaba muy tenso.

-El ambiente en este trabajo suele ser así -comentó Camilo con sequedad, mientras soltaba humo del cigarro- hay que saber acostumbrarse.

-Pero no sé. Igual me dio pena, pues desde que llegué aquí él y Pedro me han ayudado mucho.

El rostro de Nicolás nuevamente se iluminó.

Camilo se fijó otra vez en él. Estaba lleno de energía. ¿Cuándo había sido la última vez que había compartido ese mismo sentir? Llevaba ya un buen tiempo trabajando en su área, el próximo mes cumpliría diez años. Repasó su historia.

Había partido joven y desde siempre había sido ambicioso, no quería terminar como su padre, fracasado y lleno de deudas. Por eso, al comienzo, trabajaba con mucho brío y con ganas de hacer lo mejor posible su trabajo. Ahora, sin embargo, cumplía sus obligaciones casi con impaciencia. Quería terminarlo todo rápidamente para dar la impresión de eficiencia. Esa era la imagen que había logrado transmitir a sus jefes, hasta ahora, pero siempre a costa del bienestar, del tiempo y de la salud mental de sus subalternos. Había conocido a mucha gente importante y buscaba codearse con ellos cada vez que podía. No quería estancarse, su proyecto era llegar a tener su propia empresa consultora.

Por un tiempo parecía que lo iba a lograr. Su reputación, en poco tiempo, se hacía cada vez más notoria. Esa pequeña fama le empezó a dar mejoras económicas y cierto prestigio, limitado, pero real, con la que comenzó a caer en una vorágine consumista y a un juego de apariencias. Pudo cambiar el auto cada dos años. Luego, cada uno. Se compró un reloj de marca, encargó varios pares de zapatos a Italia. Gastó mucho en ropa, en viajes de placer. Pero, esto también le había traído costos en su vida personal. Se había casado y divorciado dos veces y tenía que pagar la pensión alimenticia a sus dos exmujeres por sus tres hijos, aunque no siempre dentro de los plazos convenidos y tampoco le alcanzaba el tiempo para verlos cada 15 días.

Volvió a la realidad y recordó que Nicolás le había hecho un comentario sobre su nuevo auto. Tiró la colilla del cigarro al suelo y la pisó.

- Si trabajas como yo, algún día podrías tener un modelo así y otras muchas cosas – le dijo.

-No sé, muy complicado mantener un deportivo, prefiero algo más sencillo -sentenció Nicolás.

-Pero a la gente le gusta y, además, te da prestigio.

- ¿Pero lo importante es llegar al destino y ojalá sin deudas? ¿No cree, jefe?

La respuesta molestó a Camilo, parecía como si Nicolás hubiese adivinado lo que estaba pensando. Pero prefirió concentrarse en Roberto.

- ¿Y qué te parece la gente joven de aquí? ¿Eres amigo de Roberto?

-Me cae muy bien. Pero me dejó preocupado. Estaba muy nervioso. ¿Está todo bien?

Y de pronto Camilo recordó su conversación con Roberto y su propuesta. Aunque

detestaba reconocerlo, sintió pena por él. Pero no entendía por qué se oponía a colaborarle. Él mismo podía hacer crecer su carrera, quizá permitirle escalar unos peldaños. Eso era cierto. Pero tenía que salvar su pellejo y mantenerse en la empresa y, más importante aún, tenía que reunir el dinero para que no le quitaran el auto. Quizá podía atrasarse, otra vez, con las pensiones alimenticias, total después compensaría a sus hijos con unas buenas vacaciones en el Caribe yendo a otro banco y pidiendo otro crédito. Se lo darían. Tenía formas de conseguirlo. De momento, tendría asegurado el auto que tanto apreciaba. Ahora, tenía que ver cómo salvaba su trabajo.

-Estaba muy nervioso -le había dicho Nicolás.

Quizá se había sobrepasado, pero había aprendido que de otra manera en este mundo no se consigue el éxito. Había muchos ejemplos que lo demostraban. Roberto era muy joven, no lo entendía aún, pero quizá si le explicaba, otra vez, la situación, él accedería. Sí, sí, lo haría.

-Bueno, jefe, lo veo ocupado. Debo volver. Permiso -dijo Nicolás.

Camilo no se había dado cuenta lo ensimismado que estaba. Nicolás se despidió. Otra vez se quedó solo. No había ni un eco en el estacionamiento. Dio un suspiro y volvió al trabajo, no sin antes admirar nuevamente el diseño de su automóvil del que estaba tan orgulloso.

Al llegar, vio a lo lejos a Roberto. Notó que su preocupación era evidente.

Camilo sentía como se desgarraba por dentro, pero ¿valía la pena perder el auto? ¿Era eso lo que le preocupaba o era la posibilidad no tan lejana de perder también su trabajo? ¿Qué podía hacer ante esa situación? ¿Se quedaría sin auto y sin trabajo? ¿Debía disculparse con Roberto y olvidar el asunto? ¿Qué pensaría? Pero más importante todavía: ¿Qué pasaría con sus proyectos si era despedido? Camilo sentía nuevamente que le flaqueaban las piernas. No tenía ninguna certeza. Se quedó ensimismado otra vez.

Debía reconocerlo: tenía más miedo de perder el auto nuevo que el trabajo. Recordó cómo su papá, antes de separarse de su mamá, lo sacaba a dar vueltas en un Fiat viejo y oxidado. Aunque en ese momento el carro estuviera prácticamente hecho pedazos, amaba ese auto y esos instantes con su viejo, quizá los únicos en su vida donde se sintió acompañado. Por eso, lamentó mucho perderlos cuando su papá se fue a vivir con una polola a otra ciudad, a miles de kilómetros de distancia, donde finalmente murió solo y abandonado. No, él no iba a terminar así, él estaba luchando por ser exitoso y nada lo detendría.

De pronto se espabiló. En el pasillo no había nadie. Estaba solo.

En ese momento, Roberto se sentía desamparado y sin mucha claridad de lo que debía hacer. Le tenía miedo y rabia al abusivo de Camilo. Desde que había llegado, su conducta era odiosa y no lo dejaba tranquilo. Y ahora esa propuesta. En esos instantes de angustia, sabía que no podía quedarse de brazos cruzados.

Con determinación, hizo una llamada.

Le contestó una voz femenina, la de su profesora cuando hizo la práctica. Se llamaba Alejandra y, como él, era Ingeniera Informática, pero con más años en el rubro y más experiencia a cuestas.

- ¡Roberto! ¡Pero qué gusto oírte! ¿Cómo estás?

Roberto no pudo contestar. Muy angustiado, le contó todo el problema con Camilo.

-Fregado el tipo por lo que me dices. Mira, lo primero que debes hacer es calmarte, calmar tu miedo, para poder pensar y tratar de disipar esa angustia.

Roberto le comentó que quizás debía ceder a su petición. No podía perder el trabajo que tanto esfuerzo le había costado conseguir. Pero sentía que no estaba bien.

-La cuestión es bien complicada, pero desde mi perspectiva es muy clara, Roberto - señaló Alejandra -lo que está haciendo tu jefe se llama acoso laboral y también te está involucrando en lo que puedes considerar un caso de tráfico de información privilegiada. Como lo percibo, tienes dos alternativas: callar y convertirte en su cómplice o denunciarlo inmediatamente. Te recomiendo que vayas a hablar con Recursos Humanos, porque ahí te podrán orientar mejor. ¿Entiendes?

-Sí. Muchas gracias, Alejandra. Te mando un mensaje más rato para contarte cómo me fue.

-Excelente. ¡Nos vemos! ¡Un gran abrazo!

Roberto se sentía más aliviado. Por primera vez podía pensar con claridad. Siempre era bueno escuchar los consejos de Alejandra. Cuando era practicante le parecía que, entre las canas que había acumulado para sus treinta y tantos años, había ríos de experiencia y aprendizaje.

Iba a llamar inmediatamente a Recursos Humanos para contarle todo. Sabía que estaba haciendo lo correcto y ya no temía las amenazas que había recibido anteriormente.

El sumario no tardó en iniciarse. No pasó mucho tiempo entre que Camilo declarara y se diera un veredicto. No intento ocultar nada, incluso mencionó el tema del auto que él y nadie más sabía. Lo confesó todo, por eso tuvo que irse, pues había aceptado toda la responsabilidad, sin involucrar a nadie más del equipo. Por otra parte, también se había comprobado el acoso laboral. Roberto estaba sorprendido, sin embargo, Camilo en ningún momento le pidió perdón ni se acercó a él.

Y aunque estaba más tranquilo, Roberto sentía un poco de pena por Camilo. Nunca se había comportado bien, pero intuía que algo le había pasado para que estuviera tan obsesionado con las apariencias y su auto.

Hasta que, finalmente, un día le llegó un correo que decía “Desearía que hubiésemos tenido más tiempo para conocernos, creo que nos habríamos llevado bien. Lo siento mucho. Eres un gran profesional y lamento haberte tratado como lo hice. Ojalá las cosas hubieran sido distintas”.

Caso 5: Comienza una nueva historia.

Temas:

- Trabajar bien es trabajar con calidad técnica y ética.
- Lo primero, evitar negligencias y falta de atención.
- Controlar la calidad del trabajo y aprender de los fallos.
- Preocupación permanente por tener competencia profesional.
- Diligencia y laboriosidad, dos virtudes claves para trabajar bien.
- Aprovechar el tiempo y trabajar con intensidad, orden y puntualidad.
- El riesgo de la pereza y el aburguesamiento.

Aunque Camilo se fue, no se trató del único desafío que tuvo Roberto dentro de la empresa. Los problemas, sin ser tan intensos como los que le trajo su antiguo director, eran igualmente complejos, como lo que le sucedió cuando una empresa externa, *Cayul Soluciones Informáticas (CSI)* fue a renovar los equipos de informática del área comercial en *MR*.

Uno de los elementos claves dentro de esa área eran los equipos computacionales, pues toda la red que poseían debía estar actualizada con los más recientes “software” y “hardware” de mayor capacidad, para mejorar los tiempos de trabajo, para lograr ser más eficientes y cumplir así las exigencias de los grandes clientes y no ceder terreno frente a la competencia. Por eso buscaron asesoramiento externo, y *CSI* prometía renovar los equipos, en algunos casos obsoletos, la red, cada vez más lenta, de comunicaciones e instalar programas con tecnología de punta, para alcanzar los mejores rendimientos posibles.

Roberto ya llevaba un buen tiempo en *MR* y le habían encomendado una labor de mucha responsabilidad: debía colaborar codo a codo con los empleados de *CSI* y supervisarlos para que su trabajo cumpliera con los altos estándares que la empresa necesitaba. No cabía duda de que era una tarea enorme y de un gran compromiso, no solo por el dinero invertido, sino también porque desde el área comercial esperaban que pronto pudieran trabajar con la mejor tecnología. De esta manera los ojos estaban puestos en Roberto, pero su trabajo se hacía cada vez más difícil, sobre todo por la actitud indolente e ineficiente del personal que estaba instalando los equipos.

En varias ocasiones, llegaban tarde al trabajo y cuando se hacían pruebas de red, solían encontrarse varias fallas o no seguían sus instrucciones. Roberto estaba perdiendo la paciencia. No quería echar a perder esta oportunidad, que tenía dentro de la empresa, para demostrar su profesionalismo. Por el contrato que tenían con *CSI*, sus empleados debían cumplir con todo lo que *MR* necesitara y eso pasaba porque lo obedecieran a él, un profesional joven, pero capaz, que conocía perfectamente las necesidades del trabajo específico de una empresa de *retail*.

Si bien todos los días revisaba los avances de *CSI*, estaba teniendo dificultades para que se cumplieran los requerimientos y altos estándares de *MR*. El personal de *CSI* solía no hacer caso y dejarse llevar por sus propios criterios, pues Roberto les resultaba un jefe muy joven y no lo respetaban. Había hablado, varias veces con el encargado de *CSI*, pero las cosas no habían cambiado, es más, todo parecía andar más lento, esto lo incomodaba muchísimo,

pues sus colegas y sobre todo sus jefes podían pensar que era por su negligencia.

Una mañana, luego de que Roberto supervisara el trabajo de *CSI*, para comprobar que nuevamente no se estaba avanzando según lo planificado, se dio cuenta que le había llegado un correo electrónico de otra empresa: Info-Mática (*IM*), en el que decían que eran la mejor y la más competitiva en el mercado y que, por algún motivo, se habían enterado de las dificultades que estaba pasando *MR* y aseguraban que podían entregar un trabajo más eficiente y oportuno, en cuanto a los tiempos requeridos por la empresa.

Parecía ser la solución. Quizá si lo hablaba con Administración y le contaba cómo se estaba desarrollando la gente de *CSI*, accederían a terminar ese contrato y probar lo que ofrecía *IM*.

Pero no era tarea fácil.

Por una parte, implicaba incumplir un contrato, aunque eso el mismo personal de *CSI* ya lo estaba haciendo. Por otra, sabía que esa gente necesitaba el trabajo y que la situación económica no era fácil en ese momento. La gente de *CSI* no era muy profesional, pero quizá tampoco lo era cortar relaciones laborales con ellos en esas circunstancias y de manera tan abrupta, sobre todo estando tan cerca del plazo de entrega.

Se le ocurría que una posible alternativa era dejar este asunto en manos de Administración. Como estaba en juego el prestigio de *MR* (pues cada vez eran menos eficientes, ya que tenían problemas de redes y equipos obsoletos que no daban el ancho para los nuevos programas), quizá ellos sabrían qué hacer, aunque tal vez pensarán que la culpa era de él, que no había sabido como supervisar a la gente de *CSI* o que carecía del liderazgo necesario para ello.

Otra alternativa era tratar, con la ayuda de Pedro o Nicolás, de hacer él mismo lo que estaba faltando, “parchando” las deficiencias. Salvaría así los trabajos de la gente de *CSI* y quizá, por fin, entenderían la magnitud de lo que no habían sabido afrontar.

Una última posibilidad era dejar que las cosas siguieran su curso. Algún superior se enojaría, pero Roberto podría convencerle de que había hecho lo que estaba a su alcance, para eso tenía evidencias de sobra.

Caso 6: El *burnout* de Roberto.**Temas:**

- Derecho a la vida y a la integridad física.
- Seguridad, higiene y salud laboral: una responsabilidad compartida.
- Aspectos significativos de la seguridad ocupacional.
- Higiene ambiental y personal.
- Ergonomía en el diseño del lugar de trabajo.
- Trastornos psicológicos por el trabajo.
- Importancia de la prevención y control.
- Seguridad e higiene en el punto de venta.
- Salud moral en el lugar de trabajo.

Roberto estaba pasando por una temporada de mucho trabajo en *MR*. Todo le resultaba estresante y cada tarea parecía no tener fin. Tuvo muchos problemas para sacar adelante la renovación de equipos y programas del área comercial, pero lo pudo conseguir luego de mucho esfuerzo y dedicar muchas horas extras al proyecto. Se había quedado con la primera empresa, la cual afortunadamente llevó a cabo sus labores de acuerdo con los contratos estipulados, salvo en el tiempo que se tomaron para tener todo listo.

Eso último tenía nerviosas a varias personas del equipo y a los clientes, pues no sabían si podrían cumplir con los plazos pactados previamente, cuestión fundamental para una empresa como *MR*. Las cosas se agravaron más el día en que, producto de una “falla técnica” en el sector, donde estaba la oficina, se quedaron sin internet por varias horas.

El problema era grave y tuvieron que llamar a la compañía proveedora para que lo solucionara. Al parecer se había producido un robo de cable de fibra óptica, por eso no había señal. De la compañía prometieron remediarlo antes del mediodía, pero estaba tomando más tiempo de lo estipulado. Distintas personas se acercaban al escritorio de Roberto o lo llamaban, pues pensaban que la falla era producto de los trabajos que él había estado supervisando, para saber cuándo volvería internet con ánimo agresivo, como si él tuviera la culpa.

No fue sino después de muchas horas que, finalmente, se recuperó la señal y se pudieron continuar las labores de ese día. Sin embargo, fue tal la presión que sufrió Roberto, que además venía acumulando de hace días que, producto del cansancio y el estrés, comenzó a sentir que le faltaba el aire y que su corazón latía muy a prisa, hasta que se terminó por desmayar.

El diagnóstico fue un colapso nervioso, provocado, seguramente, por el nivel de trabajo y frustración que estaba teniendo. Sus más cercanos, dentro del departamento, le dijeron que había muchos rumores y cuestionamientos. Se decían cosas tales como “este cabro no tiene la fuerza para hacer su trabajo”, “si no se cuida, se va a enfermar y lo van a echar”, “no debería trabajar en una empresa como esta. Le quedó grande el negocio”.

Cosas como esas dolían. Roberto se estaba partiendo la espalda para mantenerse a flote y había llevado a buen puerto su primera gran tarea. Eso le había costado descuidar su propia salud.

Reflexionó sobre su responsabilidad hacia el trabajo y si había hecho algo malo. Repasó los últimos acontecimientos: el acoso de Camilo, la renovación de los equipos informáticos, la caída de internet. Todo lo había hecho bien, dentro de sus posibilidades, superando los deseos de desmarcarse de esas labores e irse a dar una vuelta o posponer el trabajo.

Entonces pensó: “¿Tuve la ayuda y el apoyo de mis compañeros frente a los problemas que enfrenté? ¿O debería haber sido más fuerte a la hora de hacer mi trabajo? ¿Será cierto lo que se rumorea de mí? ¿Me faltará fortaleza? ¿Estaré asumiendo responsabilidades que me superan?”.

En su reflexión llegó a pensar que, probablemente, la empresa debería ser más cuidadosa con sus funcionarios, pero tal vez no les interesaba y solo esperaban que el más fuerte sobreviviera.

“Todos estamos en el mismo bote”, había escuchado decir sobre el trabajo en una empresa. “Hay que tener fuerza y no dejar que nos vuelque la marea”.

Pero Roberto sabía que eso era imposible ya que siempre habría una emergencia o “un incendio que apagar”, porque siempre lo urgente no dejaba lugar a lo importante.

No sabía cómo sentirse. Estaba seguro de que estaba haciendo bien su trabajo, pero sabía que, como cualquier persona, no era de piedra, sino un hombre de carne y hueso que estaba llegando a su límite.

Caso 7: Las apariencias engañan incluso a los más listos.**Temas:**

- Relevancia de la calidad humana en el trato en el ámbito laboral.
- Comportamientos moralmente inaceptables: maltrato, insultos, desprecio, discriminación, acoso, indiferencia.
- Tratar con respeto a los demás, una exigencia universal.
- Comprensión ante situaciones, defectos, modos de ser y enfermedades ajenas.
- Reconocer el trabajo de otros y actuar con amabilidad, cortesía y gratitud.
- Armonizar comprensión y compasión con exigencia profesional.
- Reacción ante injusticias y acosos.
- Compasión y ayuda ante necesidades ajenas.
- Favorecer e incluso fomentar el desarrollo de las personas relacionadas.

Finalmente primó la razón y, por orden de la misma empresa, Roberto tuvo unos días de licencia que le sirvieron para reponerse y volver lleno de energía a trabajar.

De este modo, cuando llegó a *MR*, lo hizo con renovadas fuerzas, aunque con cautela. Se trataba de su primer año laboral, pero sentía que llevaba diez vidas trabajando y que se había enfrentado a toda clase de problemas, junto con tener que asumir responsabilidades. Prefería ser optimista manteniendo el ánimo resuelto y alegre.

El primer día partió bien. En la oficina fue bien recibido por todos. Pedro, su colega y amigo, y Nicolás, el practicante, además le tenían un regalo, así la jornada se desenvolvió sin mayores sobresaltos.

El segundo día fue más o menos igual. No hubo complicaciones graves y Roberto se integró a un equipo que iba a comenzar un levantamiento de información en relación a las fallas de hardware en los servidores del *MR*. Para esto trabajarían con el personal de la Unidad de Soporte que, Roberto, solo conocía de vista.

Era una buena oportunidad, pues había mucho que aprender, por lo que era un buen día, sin duda. Además, tenía la impresión de que en su equipo de trabajo las cosas marcharían viento en popa, se respiraba profesionalismo. Había mucho entusiasmo y estaban seguros de que, una vez levantada la información de las fallas, iban a poder mejorar la eficiencia del servicio solucionando y anticipándose a los problemas.

La semana siguió así hasta que, avanzado el proyecto, la presión hizo surgir las fortalezas y debilidades del temperamento de todos los que participaban del objetivo.

En particular de Virginia, ingeniera de redes, quien no estaba haciendo agradable el trabajo. En las reuniones, a las que generalmente se integraba más tarde, no respetaba los turnos para pedir la palabra e interrumpía y deslizaba comentarios antipáticos e irónicos hacia todos o descalificaba las opiniones de los demás, llegando incluso de calificar de “irresponsable” a un integrante del equipo que no había entregado un informe a tiempo. Roberto estaba perdiendo la paciencia, pero no quería alterarse. Nadie en el proyecto, en realidad, parecía molestarse. Le respondían civilizadamente y, cuando comenzaba a monopolizar la palabra, la persona que dirigía le pedía amablemente que dejara opinar a los otros,

a lo que ella accedía.

Una tarde, Roberto recibió un correo formal de Virginia en el que lo responsabilizaba de no haberle enviado el informe detallado de las fallas del servidor N°2 y las remediales que el equipo había decidido que, según ella, hacía semanas había solicitado. Aseguraba que lo denunciaría con el encargado del proyecto para comenzar una investigación, pues este era un caso claro de negligencia laboral.

Roberto se sorprendió mucho, sobre todo por el tono del correo. Aunque sabía que no era su responsabilidad lo que Virginia le estaba reclamando, mantuvo la calma y habló inmediatamente con él y le contó la situación.

-Perdona, Roberto -le dijo el encargado- debería haberte advertido antes. Conozco a Virginia hace tiempo y es muy eficiente, una muy buena ingeniera, pero tiene una condición anímica especial que debe tratarse todo el tiempo. Te pido, por favor, que le tengas paciencia. Y no te preocupes. Lo que te quiero decir, finalmente, es que ella es una buena persona. No te va a denunciar y ni siquiera hablará conmigo. Ojalá puedas entender.

Roberto se despidió. Cuando salió de la oficina, suspiró. Había mucho que entender, pero el panorama era más claro que el agua. Virginia, en realidad, no era una mala persona y, muy seguramente, sufría más de lo que aparentaba con esos arranques que, a veces, no controlaba. Recordó la anécdota que le contó alguien con más experiencia, cuando hacía la práctica: por mucho que los colegas le contestaran fuera de tono o de manera alterada, tenía que pensar que se debía al nerviosismo y a la presión propia del negocio. No estaban enojados con él, sino simplemente desbordados.

Caso 8: La encrucijada de Roberto.**Temas:**

- Amor a la verdad, característica de un buen profesional.
- Actuar con sinceridad.
- Veracidad en los informes, certificaciones y currículos profesionales.
- Actuar con transparencia.
- Rendición de cuentas con veracidad a quienes corresponda.
- La importancia de la unidad de vida frente a actitudes de doblez y la hipocresía.
- Humildad: andar en la verdad con uno mismo.

Una mañana, Roberto recibió un llamado. Acompañaría al jefe de Recursos Humanos de la empresa, Juan Carlos Soto, a entrevistar a un par de Ingenieros Informáticos, pues se había producido una vacante. La tarea era simple y, a la vez, compleja, pues le habían pedido que revisara sus currículos y que se asegurara de ayudar a escoger al candidato ideal para el cargo. Se medirían distintas aptitudes frente al trabajo, el trato entre colegas y el conocimiento técnico que tenían. Mirando los antecedentes de los dos, Roberto se dio cuenta de que eran bastante experimentados y que las entrevistas prometían ser interesantísimas.

Se preparó, pues, para hacer las preguntas pertinentes, para ver quién se integraría al equipo.

En la primera entrevista conocieron a Federico Martínez, un joven de apariencia sonriente y serena. No parecía hablar mucho, pero su mirada era atenta y seria.

-Hola, Federico -saludó Roberto- es un gusto conocerte. Tengo varias preguntas para ti. Aquí en tu currículum dices que tienes un diploma en Tecnologías de Información. ¿Me podrías comentar cómo podrías aplicarlo en tu cargo?

Federico sonrió con nerviosismo. No parecía querer responder, pero finalmente dijo:

-Sí, tengo esa certificación -sin agregar nada más.

Roberto quedó medio confundido. Juan Carlos no decía nada y solo se limitaba a tomar notas de la entrevista.

-Perdona, Federico, ¿me podrías hablar un poco de esta certificación? ¿Cómo la has integrado a tu trabajo?

Federico se quedó pensando un largo rato. Luego, con voz queda, contestó:

-Con esta certificación puedo trabajar en la integración de tecnologías vinculadas al área de gestión informática, calidad de software y puedo también aplicar mis conocimientos en innovación. Así lo he hecho en las empresas donde he trabajado.

La entrevista siguió su curso normal y terminó prontamente. Federico prometía ser un gran aporte, aunque hablaba poco y parecía muy tímido, tenía la experiencia necesaria, además se veía responsable y sincero. Roberto quiso preguntarle a Juan Carlos su opinión, pero no alcanzó, pues el siguiente postulante esperaba afuera de la sala de entrevistas.

Hojeó rápidamente su ficha. Si la de Federico era buena, la del otro candidato, Francisco Chernov, parecía sacada de una película.

Llevaba mucho tiempo en el rubro. Había trabajado en el área informática en distintas instituciones. En su historial, figuraban desde empresas de comunicaciones al área de la salud, ejerciendo distintos roles. En el currículum sobaban los estudios superiores, diplomados, pos-títulos y toda clase de reconocimientos, parecía estar tan seguro de sí mismo, que ni siquiera había puesto referencias ni recomendaciones, a diferencia de Federico que tenía todo respaldado.

Roberto estaba expectante. Juan Carlos se mantenía en silencio.

Francisco entró y la conversación que tuvieron fue larga, muy larga. El candidato se expresaba con soltura y mucha confianza en sí mismo. Ante las preguntas de Roberto, contestaba detalladamente y sin titubear. Hasta que Roberto encontró algo raro entre las cosas que le dijo.

-Francisco, en tu currículum no aparece que hayas trabajado como empleado para varios supermercados y tiendas de departamentos, pero me acabas de decir que así fue. ¿Puedes explicarnos, por favor?

-Trabajé como practicante, luego entré a plazo fijo y ahora estoy tratando de conseguir un puesto más estable, pero no hay nada seguro, aún, pues hay mucha competencia - respondió Francisco.

- ¿Y esto fue para dos empresas distintas?

- No, para tres.

- Perdona, pero esta información no me cuadra, si así fuera ni siquiera habías terminado el colegio cuando comenzaste a trabajar. ¿Hay una confusión de años? O ¿Duras muy poco en tus trabajos? Me podrías explicar.

Francisco quiso contestar, pero lo interrumpió Juan Carlos.

-Francisco, lamentablemente estamos en la hora. Así que muchas gracias. Nosotros te llamaremos.

El postulante se despidió y quedaron solos Roberto y Juan Carlos.

-Juan Carlos, ¿por qué no dejaste que Francisco contestará? Claramente estaba mintiendo.

-Porque no era necesario, ya tenemos nuestro nuevo Ingeniero Informático.

-Me imagino que será Federico -dijo Roberto.

-No. Va a ser Francisco.

- ¿Cómo?

-Mira, Roberto. Es tiempo de que entiendas como son las cosas aquí. El currículum de Federico no es malo, pero lo escuchaste hablar, casi no dijo nada, no nos sirve. En cambio, Francisco, demostró seguridad, aplomo, se nota que sabe de lo que está hablando. Créeme que lo importante no es lo que aparece en el papel de cada uno, sino la actitud que demuestren en estas instancias y, sobre todo, la proactividad, el empeño, la versatilidad. Con Francisco,

tenemos asegurado un buen empleado.

-Un empleado que es posiblemente un mentiroso, por lo que no sabemos si está bien preparado -dijo Roberto -en un arranque de sinceridad. Por lo menos, antes de contratarlo deberíamos comprobar sus antecedentes.

-Roberto, la empresa no necesita gente insegura, ni tampoco tímida o débil. En esta pega hay que ser fuerte. Por eso a Francisco es a quien se la daremos. Se puede preparar, por último, pero ya viste su actitud -dijo, para finalizar la discusión, Juan Carlos.

Roberto encontraba esta situación como muy grave. Claramente, Juan Carlos no debía estar trabajando en RRHH, ¿Cómo podía seleccionar personal empleando estos criterios?

El problema era que luchar por lo correcto, en este caso, parecía muy complicado, una batalla imposible de ganar, pero algo tendría que hacer.

Caso 9: Valentía frente a la tormenta.**Temas:**

- La fortaleza como esfuerzo interior para lograr objetivos valiosos y resistir las dificultades.
- El peligro de la agresividad inmoderada en la vida profesional.
- El coraje para afrontar lo que cuesta y para tomar decisiones valiosas.
- La valentía de negarse a actuaciones inmorales.
- La paciencia en el trabajo y en el trato con los demás.
- La resiliencia como superación de la adversidad y ánimo para seguir adelante.
- La templanza como moderación de la tendencia a seguir apetencias y deseos.
- Hábitos perniciosos en la vida del profesional que puede llegar a adicciones: droga, alcohol y pornografía.
- Sobriedad y austeridad en la vida profesional.
- La inmoderada complacencia egocéntrica en el profesional: vanidad y arrogancia.
- Codicia y generosidad en la vida profesional.
- El riesgo de la envidia y su diferencia con un sano deseo de emulación.

Roberto esa mañana llegó muy temprano, tenía cosas urgentes que resolver, estaba solo cuando sonó insistentemente el teléfono de la secretaria de la gerencia tecnológica. Pensó que era mejor contestar para anotar el recado, quizá fuera algo importante debido a la hora de la llamada.

-Aló ¿Quién es? Soy Máximo Antioquera. Comuníqueme con el subgerente, por favor.

Don Máximo, lo recordaba, era el gerente del Área Tecnológica de *MR*, se lo habían presentado cuando entró a trabajar y había tenido una entrevista con él, como parte del protocolo. Además, habían compartido varias reuniones de equipo. Era un hombre muy seguro de sí mismo, con muchos años de experiencia en varias empresas del rubro. Se decía que era “trabajólico” y que, al no tener familia, le dedicaba todo su tiempo al negocio y les exigía a los empleados que actuaran de la misma manera. Era admirado, temido y respetado por todos, incluso por sus adversarios.

Sin embargo, dentro de la empresa causaba, cierta incomodidad, pues sabían que llevaba una doble vida, esto a partir de los comentarios de quienes habían trabajado con él desde los inicios de *MR*. Era un hombre con el cual había que tener cuidado, ya que no tenía mucho control sobre su temperamento colérico, pero no se podía negar que, gracias a él, *MR* estaba a la vanguardia tecnológica. Lo que se rumoreaba en los pasillos era que para mantenerse activo y sobrellevar la soledad, había desarrollado adicciones peligrosas a drogas ilícitas. Si bien, era un secreto a voces, en la empresa preferían mirar a otro lado.

Roberto, se preparó, pues seguramente esta conversación no iba a ser fácil. Las drogas que consumía el gerente explicaban su forma de ser y debía tenerlo presente cuando hablara con él.

-Aló, don Máximo. Buenos días, soy Roberto Castro, trabajo en el Departamento de Informática. Lamento decirle que estoy solo en la oficina, es demasiado temprano, aún no llega nadie.

- Buenos días, Roberto. Qué terrible inconveniente, llamé al subgerente a su teléfono, pero lo tiene apagado y es urgente que hable con él. No sé qué hacer. Estoy muy enfermo y se me acabaron las pastillas, ya no puedo más. No he dormido nada y me siento pésimo, es indispensable que alguien las vaya a buscar al aeropuerto.

- No sé cómo ayudarlo, don Máximo -respondió Roberto- como le dije el subgerente no ha llegado y no sé a qué hora podrá llegar.

- Y yo tampoco lo puedo esperar. Roberto, así que no tengo más alternativa que pedirselo a Ud. ¿Me haría el favor de ir a buscar mis pastillas y traérmelas? Yo le doy los datos de la persona que se las deberá entregar.

- Don Máximo ¿Por qué no envía a un mensajero por ellas? -preguntó, aunque estaba seguro de la respuesta.

- Roberto, eso es privado. Lo único que le puedo decir es que las tiene que ir a buscar alguien de confianza, alguien muy reservado.

Roberto quedó muy sorprendido de la solicitud, esto lo ponía en un verdadero aprieto y tenía que pensar rápidamente en la respuesta. Obviamente sabía de qué “pastillas” se trataba y el por qué don Máximo no podía esperar o mandar a cualquiera. No sabía cómo enfrentar esta solicitud que, seguramente, le acarrearía muchos problemas, en uno u otro sentido. Si decía que sí, al “favor” que le pedían, se convertiría en cómplice de un delito. Podían incluso detenerlo por narcotráfico y, eso, podía traerle todo tipo de perjuicios a su vida laboral -que estaba recién comenzando-. Pero, por otra parte, si decía que no (cosa que ni el subgerente se atrevía a hacer) iba a poner en riesgo su trabajo, mal que mal, don Máximo era, según se decía, un hombre vengativo y, más en el estado que seguramente estaba, ya que se atrevía a pedirle a él, un favor como ese. Todos estos pensamientos acosaron a Roberto en milésimas de segundo, hasta que por fin respondió.

- Primero que todo, don Máximo -dijo, para ganar tiempo- debo decirle que agradezco su confianza, pero su solicitud me complica mucho y, lamentablemente, no puedo hacer lo que usted me pide. Entienda, por favor, que no solo me está pidiendo algo seguramente ilegal, es decir, me pide que ponga en riesgo mi reputación, además, puede llegar un momento en que pondrá en riesgo a la empresa y, por consiguiente, el trabajo de todos.

El gerente, pareció perder la paciencia, pues no estaba acostumbrado a una respuesta como esa. Menos de un empleado. Además, que para él era de vida o muerte. Sentía que, si no tenía sus pastillas, lo antes posible, irremediablemente iba a morir. Es más, preferiría morir a seguir sintiéndose así, tan, pero tan enfermo. Había sido muy descuidado, pensaba que tenía pastillas para una semana más. Pero se había equivocado, no hizo bien los cálculos. Cada tres meses tenía que pedirle al subgerente de *MR*, un viejo amigo, que se encargara de ir a buscarlas al aeropuerto, pero algo había ocurrido y anoche se dio cuenta que ya no tenía ninguna, ni siquiera de reserva. Sentía taquicardia, náuseas, sudaba frío y estaba comenzando a sentir muchos dolores musculares.

-Mijito, se nota que es nuevo en este negocio. Mire, si le pedí este servicio, fue porque me encuentro muy enfermo y no tengo a nadie más a quien recurrir a esta hora -dijo, casi gritando don Máximo- si Ud. no quiere ir, dele mi recado al subgerente, apenas llegue, o mañana mismo no

seguirá trabajando dentro de la empresa. No se imagina el poder que tengo.

Roberto, pensó bien lo que le iba a decir, no era nada de fácil, mantenerse firme ante un hombre como don Máximo, pero ¿cómo era posible que un hombre tan lúcido y brillante hubiera llegado a ese nivel? ¿A ser tan dependiente? ¿Por qué él?, un empleado joven, que se partía la espalda trabajando, tenía que aguantar esa presión, ¿solo para recibir un sueldo a fin de mes? Pero ya había tomado su decisión, así que dijo:

-Sé que tiene mucho poder, pero entiendo que lo que estoy haciendo es lo correcto. No me es posible ayudarlo, además, si se siente tan mal debería ir al médico ¿Quiere que llame a una ambulancia para que lo vaya a buscar?

-Creo que no te has dado cuenta -replicó enfurecido, don Máximo- que no necesito a un médico, lo que necesito es mi medicamento, lo antes posible. No puedo ni manejar, sino yo mismo habría ido al aeropuerto. ¿Hay alguien allí, además de ti, con el que pueda hablar? Es urgente, entiéndelo, no puedo esperar un minuto más.

-Lo siento, estoy solo -respondió Roberto.

Entonces recordó el acoso que sufrió de Camilo. Don Máximo era, obviamente, mucho más influyente y temible, pero el problema que le contaba era real. Sabía por amigos que habían caído en las drogas la terrible respuesta que daba el cuerpo cuando estaba en abstinencia. Y aunque don Máximo era poderoso, parecía que su sufrimiento era auténtico... aunque él no podía ayudarlo. Tuvo la tentación de colgarle, lo iba a hacer, pero se contuvo y, respirando hondo, para botar toda tensión, dijo:

-Don Máximo, lo siento, pero no lo puedo ayudar. Sé que estoy comenzando en el negocio y arriesgo perder mi trabajo, pero no me puede obligar a hacer algo que por conciencia no estoy dispuesto a hacer. Debo colgarle. Disculpe.

Colgó. El corazón le latía a mil.

-Hay que ser muy valiente para hacer eso -escuchó decir a alguien a sus espaldas.

Roberto se dio vuelta para ver quién hablaba. Era Pedro, su amigo. Había llegado recién.- ¿Escuchaste todo? -preguntó atónito.

-Sí, lo siento no fue mi intención, pero para hablarle a un pez gordo como don Máximo hay que tener valor,replicó Pedro.

- ¿Qué te puedo decir? -le preguntó, Roberto - ¿Tú no habrías hecho lo mismo?

-No lo sé, solo sé que tú hiciste lo correcto. Créeme que me gustaría tener el mismo coraje que tú. Eso es tener valentía y audacia.

Roberto se alegró con el comentario y siguió trabajando.

Al llegar la hora de salida, sonó su teléfono, la secretaria de gerencia le dijo que tenía una llamada, que don Máximo quería hablar con él. Roberto se preparó para lo peor, sin embargo, lo llamaba para pedir disculpas por haberlo puesto en esa situación tan difícil y añadido, que nadie nunca, en todos esos años, se había atrevido a negarle algo, por eso admiraba su valentía. Se despidió y cortó.

Roberto no pudo sino sonreír, con el teléfono aún en la mano. Ese día aprendió que, a veces, en el trabajo, no solo había que saber de software, hardware o manejar la ciencia de datos.

Caso 10: Una baja en el equipo.**Temas:**

- Intimidación de las personas y sentido del pudor.
- El derecho a la buena fama y respeto por la privacidad.
- La cizaña de la murmuración y la difamación.
- Información confidencial y protección de datos confidenciales.
- El secreto profesional.
- Informar de lo debido, pero sin extralimitarse.
- Discreción en la información confidencial al cambiar de empresa.

Al llegar a la empresa, al día siguiente, Roberto se enteró de un problema. Se hablaba del acoso que había sufrido una de las secretarias, Katia, por uno de los supervisores de *MR*. La noticia se había expandido de forma muy rápida. Primero como un rumor y luego como un hecho real, pero seguramente tergiversado, pues se tenían dos versiones para la situación. Roberto era amigo de Katia y estaba preocupado. Nunca pensó que podía sufrir algo así, ni menos que se podía llegar a hablar mal de ella.

Con ánimo de ayudarla, se acercó a la secretaria y la invitó a conversar. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, trató de contarle su versión de los hechos.

Katia estaba muy triste y con mucha rabia. Mantenía los puños apretados y hacía esfuerzos para hablar en un volumen de voz adecuado.

-Roberto, te lo voy a contar todo, pero quiero que sepas que lo que se dice en los pasillos es falso. No soy una libertina, ni tampoco una..., una... Katia comenzó a llorar. Parecía evidente que decía la verdad.

-Nunca ha pasado nada con ese supervisor. Salimos un tiempo corto y nada más. El problema es que alguien nos vio cuando él me abrazó a la fuerza y se hizo una bola de nieve. La gente no me cree cuando les digo que no fue consentido, ni mi culpa.

- ¿Pero me podrías contar bien lo que pasó, Katia? -preguntó Roberto, con respeto.

-Aunque me cuesta hablar de esto, te lo contaré. Yo trabajaba con él hace tiempo y de repente, comenzamos a hablar de otros temas, vimos que teníamos cosas en común, era simpático y un día salimos. Nada muy formal. Simplemente fuimos al cine y nos tomamos un café. Solo eso. Hablamos un par de veces más, pero me di cuenta de que no me interesaba, además podía ser un problema porque trabajábamos juntos. Él insistía en salir otra vez, pero yo no quería. Entonces comenzó a detenerme en los pasillos y me acosaba con halagos e invitaciones. También me esperaba a la salida, “solo para conversar”, me decía. Creo que hasta me vigilaba. Siempre le decía que no, pero un día perdí la paciencia, me enojé mucho y le dije que no me hablara más. Fue ahí cuando enloqueció, me dio un empujón contra la pared, me abrazó, me aplastó con su cuerpo, comenzó a besarme en el rostro, en el cuello y me toqueteó. Créeme nunca me había sentido así, tan vulnerable, tan indefensa. Ni siquiera pude gritar, quedé helada. Él, en cambio, estaba fuera de sí era un verdadero animal. No sé cuánto tiempo pasó, pero de repente dejó de tocarme y se marchó. Seguro que en algún momento alguien nos vio y comenzó el rumor. Esto fue la semana pasada y mira lo que ha ocurrido. Todo el mundo habla

de mí y han inventado cada cosa. Llegué a culparme, a pensar que quizá lo había provocado, pero no, es imposible. Yo nunca le insinué nada y cada vez que lo cuento es como si volviera a pasar. ¿Por qué me pasó a mí, si yo nunca le he hecho daño a nadie? ¡No quiero verlo más! ¡Es un cobarde! Quizás qué ha dicho de mí, para defenderse.

-Está bien. Te creo -le dijo Roberto- perdona si te hice revivir todo esto, pero tengo una última pregunta, que necesito que me respondas para ayudarte. ¿No has compartido nada privado suyo? Quiero decir, ¿no te has querido vengar revelando información confidencial de él?

- ¿Y por qué lo haría? Además, que no tengo ninguna información, nunca fuimos íntimos -dijo, entre lágrimas- Katia.

-Bueno, no pasa nada. Te pido perdón, otra vez. Pero, oye, te lo pregunté en buena. Es solo para ayudarte. Acuérdate de que es muy importante que seas sincera cuando hagas la denuncia, porque así evitamos que esto siga escalando.

Katia se tranquilizó. Pero, evidentemente, estaba muy afectada por los mensajes que le llegaban, muchos de ellos anónimos, insultándola, tratándola de mentirosa y otras cosas peores.

Del supervisor, no se sabía nada, hace días había presentado una licencia por estrés.

Roberto ayudó a Katia a denunciar el caso a Recursos Humanos. Pasó el tiempo y se llevó a cabo un proceso discreto, para evitar que llegara a la prensa, pues Katia no quería que este asunto fuera aún más público.

Finalmente, se dictaminó que el acosador fuera despedido y el caso pasó a manos de la justicia. Katia recibiría una indemnización por los daños morales que recibió.

Las cosas, sin embargo, no fueron fáciles para ella, todavía había gente que seguía murmurando en su contra, decían que se había hecho la víctima y la culpaban del despido del supervisor. Así que decidió buscar trabajo en otra empresa. Le contó de su decisión a Roberto.

Era una pena. Katia era una mujer que había sido un gran aporte a la empresa y por una situación terrible, todo tuvo un giro inesperado.

No obstante, el tiempo pasó y Roberto sintió una verdadera alegría cuando supo que Katia había encontrado un nuevo trabajo. Un muy buen trabajo, de hecho. Fue entonces que decidió llamarla por teléfono y ella le contó que estaba trabajando en otra empresa que competía con *MR* y que había sido muy bien recibida, sobre todo cuando supieron de dónde venía, es decir, el cambio había sido para mejor. Si bien el incidente todavía la tenía afectada, le dijo que estaba saliendo adelante con una terapia, que se sentía más fuerte y que ya no se culpaba por lo ocurrido.

Entre otras cosas, Katia le preguntó si era buena idea utilizar un archivo de *MR*, que ella tenía, con datos de clientes para su nueva empresa. Roberto le recordó, amablemente, que esa era información confidencial, por lo tanto, de uso exclusivo de *MR*. Después de esta respuesta tan clara, Katia nunca más le tocó el tema.

Caso 11: ¡Huelga en la Málaga Retail!**Temas:**

- Los contratos como elementos básicos en los tratos profesionales.
- La noción de “buena fe” al hacer contratos y presupuestos.
- La obligación de cumplir legítimos contratos y acuerdos.
- La injusticia de manipular a los demás con astucias o creando falsas expectativas.
- Lealtad a la palabra dada y a los compromisos contraídos.
- Servir con lealtad a clientes, empresa o instituciones a las que uno está vinculado.
- Cumplir las leyes y regulaciones establecidas y pagar impuestos.
- Equidad en distribuciones o repartos, evitando igualitarismo y favoritismo.
- Actuar con equidad, buscando actuar con justicia más allá de las normas.
- Defender los propios derechos y el derecho a la sindicación.
- La huelga como recurso extremo.

Nicolás se había desempeñado muy bien durante su práctica y Roberto estaba expectante a ver si lo contratarían cuando egresara. Por ahora, Nicolás se despedía porque había acabado su práctica en *MR*.

Pero, había otras novedades, al equipo se integraba Héctor Floriano, un experto en ciberseguridad, que había dejado satisfechos al Equipo Directivo de la empresa, con su currículum que demostraba experiencia y eficiencia en el trabajo. Su primera gran tarea, sin embargo, fue algo tediosa e inesperada. Debería inventariar todos los equipos computacionales de *MR* de manera de evaluar y analizar sus riesgos potenciales. Para los directores era una prueba que pondría de manifiesto las habilidades blandas de Héctor.

El nuevo integrante de la empresa cumplió cabalmente la tarea encomendada, pero se había demorado un poco más de lo esperado. Cuando le hicieron esa observación, Héctor señaló:

- Resulta que todos los equipos están en buenas condiciones y actualizados. Sin embargo, de acuerdo a la experiencia que tengo, mejorarían mucho si les pudiésemos proteger de mejor manera de posibles ataques, creo que en este sentido tenemos que dar un salto cualitativo. Si hay presupuesto, yo me podría hacer cargo de diseñar y construir la infraestructura necesaria u optimizar la que tenemos. Esto es lo que yo recomiendo, mandé a sus correos toda la información y los costos de ambas alternativas. Por eso me demoré un poco más.

Los directivos estaban encantados. No solo había cumplido el compromiso de la primera tarea; había ido más allá de lo que era necesario. Contentos como estaban, querían proteger a Héctor, incluso sabiendo que les tocaba anunciar posibles recortes para fines de año, pues la situación del país no estaba fácil.

A este respecto, los rumores dentro de la empresa apuntaban a una posible huelga, si es que no se lograban acuerdos en la próxima negociación colectiva. Varios empleados acusaban de favoritismo en los contratos, que no había equidad a la hora de pagar por hacer el mismo trabajo. Por si fuera poco, esto se sumaba a las jornadas sumamente extenuantes, fuera del horario laboral, muchas veces por una planificación deficiente de los procesos, y el no pago de horas extras, pues estas estaban atrasadas en sesenta e, incluso, noventa días en algunos

casos.

Desde la Gerencia General de *MR* se señalaba que, debido a la crisis económica y al panorama internacional muy volátil, no se habían podido pagar aún, pero que había que tener paciencia y esperar una reactivación, pues de lo contrario la empresa -su fuente de trabajo- podía comenzar a verse en la necesidad de disminuir personal, dejando a muchos empleados cesantes.

Por pura casualidad, Roberto se enteró del contrato de Héctor. Todo estaba en regla, sin embargo, claramente, era uno de los más beneficiados. Era obvio que la empresa lo estaba cuidando, pues había demostrado que cumplía más allá de lo solicitado, pero se estaba cometiendo una injusticia con los empleados más antiguos y esto, claramente, era un caldo de cultivo, para que finalmente la huelga fuera la única herramienta de presión de los trabajadores.

Esta posibilidad aumentaba las tensiones. Algunos directivos no parecían muy dispuesto al diálogo y los ánimos eran cada vez peores.

Roberto entendía el porqué de la huelga y se entregó a la idea de que podía ocurrir en cualquier minuto. Si la negociación fallaba, estaba claro que la asamblea del sindicato la iba a votar. Pasara lo que pasara, él debería respetar la votación, manteniéndose recto y solidario con los que ganaban menos.

Históricamente, el sindicato de trabajadores de *MR* se había caracterizado por su apertura al diálogo y habilidad a la hora de negociar. Eran expertos, pero en los últimos años la prensa y las redes sociales había revelado irregularidades. Varios de los líderes que habían pedido aumentos salariales y mejoras lo habían hecho solamente pensando en ellos, sin velar por sus colegas que se suponía debían ayudar. En algunos casos, también se sospechaba que habían alcanzado puestos de mando a cambio de mantener controlados a los trabajadores, manipulándolos y, en consecuencia, sin honestidad. Pero esos dirigentes ya no estaban, por lo cual se esperaba una negociación más transparente.

Así, la huelga parecía una realidad, a la vuelta de la esquina, y se respiraba mucha tensión. Aunque también se sabía que a nadie le convenía, eso era claro, por lo que todos estaban pendientes de la última negociación. Ese día, afortunadamente, llegaron buenas noticias, pues se les ofreció regularizar todos los pagos, además de otras compensaciones, dado que había surgido la oportunidad de inyectar recursos frescos a la empresa, debido a la aparición de nuevos inversionistas y la posibilidad de ampliarse. La directiva sindical llegó con esa información a la asamblea de trabajadores, por lo cual estos, muy satisfechos, votaron la aceptación del último ofrecimiento de la empresa y así desapareció el tan temido fantasma de la huelga. Se firmaron los acuerdos y de esa manera todos pudieron volver a sus ocupaciones, con la tranquilidad de que sus derechos serían respetados.

Caso 12: Caras vemos, corazones...**Temas:**

- El derecho de propiedad y su función social.
- Honradez y defraudación en la actividad profesional.
- Hurtos y otras apropiaciones indebidas en la empresa.
- Gravedad del desfalco a la propia empresa o institución.
- Defraudar utilizando materiales de peor calidad de los estipulados.
- Justicia en los precios.
- Sobornos, extorsiones y prácticas corruptas.
- La lucha contra la corrupción.
- Necesidad de restituir lo robado y de compensar daños ocasionados.

Roberto notó que era evidente que, para *MR* Héctor, el experto en ciberseguridad, era un miembro importante y querían hacerle ver que sus aportes eran valiosos.

Héctor, de hecho, solía quedarse hasta tarde, más allá de los turnos que le correspondían por contrato. Se quedaba en su puesto, trabajando minuciosamente frente a la pantalla, monitoreando posibles ataques al sistema.

Roberto, al principio, no le prestó mayor atención. Por lo visto, era un sujeto confiable, además de simpático. De este modo, le empezaron a encargar tareas cada vez más complejas. Una de ellas fue diseñar e implementar, finalmente, el sistema de seguridad que había propuesto para toda la empresa. Sería una gran inversión en equipos. Héctor cumplió con los plazos, pero al parecer la eficiencia del sistema, no era todo lo que había ofrecido. Al principio, nadie se dio cuenta, pero pasado el tiempo comenzaron los problemas. Aunque confiaban en Héctor, igualmente desde Administración revisaron la rendición de gastos, las facturas y los libros contables. Así, descubrieron que no se había hecho con la rigurosidad que correspondía, ya que existían varias irregularidades, pues, al parecer, Héctor no había adquirido todo lo cotizado, sino que había usado insumos más baratos, por lo tanto, menos eficientes y, de alguna forma, se estaba quedando con los excedentes que dejaban las compras.

La revelación impactó a Roberto. Cuando se la comentó Pedro, recordó un episodio de su niñez: el repartidor de gas al que le compraba su mamá, en apariencia un hombre honrado, solía vender balones con media carga, a precio completo. Cuando su mamá se enteró, tuvo la valentía de enfrentarlo. El repartidor, asustado, quiso sobornarla y desaparecer para siempre de su vida, pero su madre no lo aguantó. Con prudencia, hizo la denuncia correspondiente.

De esta forma, se reunieron los antecedentes que atestiguaban los posibles desfalcos de Héctor y se comprobó que habían ocurrido varios hurtos desde que había llegado. Los dineros de la nueva red de seguridad para la empresa no estaban siendo bien empleados y, era más que evidente, que Héctor los estaba traspasando a su cuenta personal.

En una reunión tensa, se le mostraron a Héctor los antecedentes. Cuando le tocó declarar, se trató de justificar señalando que lo había hecho porque tenía muchas deudas, pues estuvo mucho tiempo cesante, y el sueldo no le alcanzaba para pagar varios meses de arriendo que debía. En cualquier momento, lo echarían a él y a su familia a la calle. Dijo, además, que había pensado devolver todo el dinero, que él no era un ladrón, solo alguien desesperado.

Una vez terminada la investigación, se decidió terminar con su contrato. Héctor estaba desolado, pues además por la gravedad de la falta y por tratarse de un empleado nuevo, no le correspondía ningún tipo de compensación.

Héctor había cometido un gran error, pues usó el dinero que le había confiado la empresa con otros fines. Claro, se entendía que su situación económica era grave, de eso no cabía duda, pero también, en los antecedentes que se habían encontrado, figuraban, entre sus gastos, ropa de marca y otra serie de lujos. Bien podía ser para él o para sus hijos, pero eso no estaba en el detalle de las facturas.

En el tiempo que Roberto había tratado a Héctor le había dado la impresión de que él era una persona buena y responsable. Pero, no se podía confiar en su profesionalismo ni en sus métodos. Roberto conocía de primera mano la angustia de deber varios meses de arriendo y la de andar con ropa prestada en público. Sin embargo, Héctor ya no podría continuar en *MR*, ojalá que alguna puerta se le abriera en el futuro, aunque iba a ser difícil con esos antecedentes.

Caso 13: Equilibrando familia y trabajo**Temas:**

- La familia en la vida de un profesional.
- La relación entre trabajo y familia.
- Sinergia entre trabajo y familia.
- Armonizar dedicación al trabajo y atención a la familia.
- Valor ejemplarizante del trabajo profesional para la educación de los hijos.
- La crianza y educación de los hijos como trabajo profesional.

El año llegaba a su fin y por todos los rincones de *MR* se respiraba cierto optimismo. Sobre todo, para Roberto. Se aproximaban sus vacaciones y eso le daba las energías necesarias para cerrar los pendientes que tenía en el trabajo y en su casa, junto a su familia.

No estaba casado, ni tampoco pololeaba en ese momento. Todavía vivía con sus padres, pero esperaba poder reunir el pie para comprar un departamento antes de que acabara enero. Todas sus preocupaciones se concentraban ahí y, poco a poco, empezó a descuidar la relación con su familia.

Trabajar en *MR* le había supuesto muchos aprendizajes y sacar fuerzas que no sabía que tenía. Con todo, cuando llegaba a su casa, tenía que darse ánimo para atender a sus obligaciones: lavar los platos, cuidar a sus sobrinos, prepararles la comida y acostarlos si esa noche su hermana no podía pasar a buscarlos.

Esta rutina hogareña, a la cual estaba acostumbrado desde que era estudiante, la podía ejecutar sin mayores problemas. Pero ahora, con el peso de ese primer año laboral, se sentía cansado como nunca.

Al comienzo, haciendo malabarismos por aquí y por allá, había logrado cumplir con sus tareas de la casa y del trabajo. Pero, a medida que había ido sorteando problemas en la empresa, la paciencia se le estaba agotando. Por instantes, no quería ver a sus sobrinos, ni tampoco un lavaplatos a reventar de vajilla, pero todavía tenía autocontrol. Lo que no sabía era cuánto le duraría.

En ese momento, llegó una cara nueva a *MR*. Habían pasado muchos profesionales jóvenes, pero en esa ocasión contrataron a alguien ostensiblemente mayor.

Esa persona bien podría haber sido su padre. Se llamaba Jorge Moreno y tenía cincuenta y cinco años. Era un Programador que había trabajado en los últimos veinte, en una empresa de auditoría. En *MR*, además, cuajó muy bien y empezó a ganarse la simpatía de todos.

A medida que fue conociendo a Jorge, Roberto se enteró que era casado y que todavía tenía hijos pequeños. “De nueve, doce y catorce años”, le había dicho una vez mientras le enseñaba una foto del celular.

-Me casé viejo, pero por dentro todavía me siento joven, -añadió, con ojos sonrientes.
Jorge solía hablar mucho de sus hijos y de su señora, diez años menor. También

hablaba de su trabajo anterior y cómo lo habían echado porque, según él, ahí ya no lo encontraban tan joven, además que el sobrino del dueño paso a ocupar su cargo, esto lo decía entre risas sin asomo de rencor.

Roberto comenzó a compartir mucho con Jorge quien había perdido su trabajo tres meses atrás, pero parecía sentirse muy a gusto dentro de *MR*, junto a gente mucho menor. Por ejemplo, no le parecía mal que Roberto, siendo tan joven, si estaba a cargo de un proyecto, le diera instrucciones que luego él cumplía a cabalidad. Roberto intrigado, no lograba entender de dónde sacaba fuerzas su nuevo amigo, “siendo tan viejo”, para empezar de nuevo. Por su parte, la esperanza de tener su departamento y las próximas vacaciones, lo mantenían activo en las horas de trabajo, pero cuando le tocaba llegar a su casa, se daba cuenta de que estaba tan cansado y molesto, que se encerraba en su pieza por horas, sin atender a sus sobrinos, mientras en la cocina, se apilaba tanta vajilla que en cualquier minuto se caería al suelo.

Una tarde, luego de una jornada agotadora, Roberto decidió que se quedaría un rato más en la oficina. Esa mañana había llegado tarde, pues se había quedado dormido, y las tareas se le agrupaban en la cabeza, parecía imposible separarlas o resolverlas y empezaba a estar de mal genio. Todo estaría en silencio, además no tendría que ver la pila de platos en la casa, ni escuchar los ruidos que hacían sus sobrinos. Así podría trabajar tranquilo. Llegaría de noche a su casa, pero lo prefería a estar preocupado de labores domésticas.

Pensó que estaría solo, pero de pronto se encontró con Jorge, quien todavía estaba en la oficina, medio dormido. Conversaron un rato y notó que él también estaba agotado. Muy agotado.

-Por poco me encuentras cabeceando, Roberto. Trataré de que no pase de nuevo para que no me acuses -dijo riéndose.

-No se preocupe, Jorge. Me imagino que es un caos llegar a su casa luego de una jornada extenuante -dijo pensando en los platos y sus sobrinos.

Jorge lo miró un rato con ojos impenetrables, pero con respeto, se podría decir que hasta con amabilidad y con voz suave, dijo:

-Bueno. Sí, a veces la casa es un caos, pero es mi refugio y me alegra pensar que pude encontrar, rápidamente, un trabajo que me gusta, que permite pagar las cuentas y darles una buena vida a mis cabros chicos y poder compartir con ellos y mi mujer el fin de semana.

Roberto, entendiendo que había sido inoportuno, quiso disculparse, pero Jorge le restó importancia:

-A mi edad hay otras preocupaciones. Cuando yo tenía los mismos años que tú, mis problemas eran otros. Mis pares ya tenían hijos, pero yo no. Así que me desvivía trabajando, perfeccionándome y no daba espacio a nada más, porque quería tener tantas cosas y creía que las necesitaba todas con urgencia. Puras tonteras. Ahora, en cambio, solo me preocupa darle lo mejor a mi familia.

Picado por la curiosidad, Roberto preguntó:

- ¿Pero, entonces, por qué se quedó hasta más tarde?

Jorge sonrió y dijo:

-Porque quiero llegar a mi casa habiendo terminado todo y sin preocupaciones en la cabeza, así puedo estar con mi familia cien por ciento, pues quiero que sea esta mi única preocupación, pero ya lo ves me quedé dormido.

Se despidieron. Camino a su casa, Roberto pensó que, si bien el departamento que quería comprar era importante, la casa donde ahora vivía también lo era, tenía que llegar a lavar la loza y, si estaban sus sobrinos, jugar con ellos un rato antes de darles la comida, total, al fin y al cabo, era su refugio.

Caso 14: Ecología entre máquinas.**Temas:**

- Responsabilidad social del profesional.
- Actuaciones profesionales en la vida social.
- Problemas ecológicos y su origen humano.
- Ecología natural y ecología humana.
- El concepto de “ecología integral”.
- Responsabilidad ecológica y sostenibilidad.
- Aspectos concretos de responsabilidad ecológica.
- Hacia una “economía circular”.

Esa misma semana, Roberto recibió un correo del departamento de comunicaciones de la empresa que decía que era imprescindible comenzar a tomar conciencia del calentamiento global y que, por lo tanto, se haría una revisión de ciertos protocolos para que las labores de *MR* fueran más sustentables con el medioambiente. Desde su área, esperaban un plan detallado y plausible para el próximo año, que también asegurara un ahorro monetario importante.

Roberto lo discutió con su amigo Pedro y se pusieron a planificar. Debían reconocer que no habían pensado hasta ese momento en la responsabilidad que tenían en temas de sustentabilidad, pero lo captaron inmediatamente. La empresa en sí misma consumía una cantidad enorme de electricidad, gasto innecesario de papelería y documentos impresos. Como se trabajaba con lo último en tecnología, se suponía que el consumo energético era menor, aunque no siempre, sobre todo porque era muy habitual tenerlos conectados a la corriente todo el día, incluso se tenían encendidos los equipos sin estar ocupándolos. Miró el enchufe que tenía a su lado. No había sacado el cargador que ya había usado. Lo desconectó y guardó en un cajón.

También miró por la ventana. Las oficinas de la empresa no estaban precisamente empotradas en medio del campo, sino en plena ciudad que no era un centro ecológico en lo absoluto y poco respetaba el entorno.

Sabía que *MR* iba a inaugurar, pronto, nuevas y más amplias oficinas, esto no obedecía a un capricho, sino a que se pretendía reemplazar las dependencias antiguas, por unas mucho más modernas y de acuerdo a la imagen sustentable que se quería dar, renovando, al mismo tiempo, la imagen corporativa, como estrategia de marketing.

Como consecuencia de lo anterior a Roberto y Pedro, además, les habían asignado una nueva tarea: reunirse con los arquitectos y proponer, como empleados informáticos de *MR*, algunas mejoras para la nueva oficina desde su punto de vista profesional. Lo primero que se les ocurrió fue que le ahorrarían mucho dinero a la empresa si invertían en paneles solares que los alimentaran y de paso reducirían su huella de carbono. Era un gasto importante al principio, pero a la larga abaratarían muchos costos importantes.

Fue así como llegaron a confeccionar un plan que permitiera realizar acciones “verdes” durante el día. Volvió a mirar el enchufe. No había otros cargadores conectados.

Le dio un poco de vergüenza cuando supo que la suya era una de las unidades que más recursos consumía dentro de la empresa y procuró idear un plan para evitar gastos innecesarios. En el informe que preparó junto con Pedro, Roberto detalló que firmarían un convenio, si lo tenían a bien los directivos de la empresa, para que cada equipo que ya no se estuviera usando fuera reacondicionado para escuelas, estudiantes y equipos de investigación.

Además, era indispensable capacitar a todos los trabajadores de la empresa para que, desde su puesto, pudieran ahorrar energía, también, que aprendieran como reciclar todos los desechos que, a veces, se ponían todos en un mismo contenedor, sin separarlos por el tipo de basura. Para esto podrían contratar a una empresa que los asesorara y que los ayudara con el reciclaje.

Por último, debían sumarse a las campañas ecológicas a nivel mundial, eligiendo bien a sus proveedores de insumos, usando solo aquellos que los producían respetando el entorno y a sus habitantes. También, evitando imprimir documentos innecesarios o reutilizando papeles para las fotocopias de menor importancia.

Quizá no era mucho, pero estarían haciendo su parte en el cuidado del planeta.